J.R. Tobío

APARECIDOS

COSMOGERMEN

APARECIDOS

J.R. Tobío

APARECIDOS

COSMOGERMEN

Gracias por obtener un ejemplar de esta obra respetando el copyright. Al adquirirlo legalmente está contribuyendo a que el autor pueda vivir de la escritura. Por tanto, usted colabora, en particular, a que el escritor desarrolle nuevos libros, a que los empleados que han participado en la publicación de este libro mantengan sus puestos de trabajo y, en general, a la expansión de las ideas, el conocimiento y la cultura. Por esto, cualquier forma de reproducción, comunicación pública, distribución, subida o descarga mediante redes informáticas P2P o similares, subida a servidores informáticos, transcripción o transformación, total o parcial de esta obra, incluso sin ánimo de lucro, puede realizarse solo con la autorización previa y por escrito del titular. Visite www.jrtobio.com para solicitar cualquier consentimiento.

Web: www.jrtobio.com
Facebook: @jrtobio.books
Twitter: @jrtobio
Telegram: @jrtobio

© 2022, J.R. Tobío
Edición: J.R. Tobío
ISBN tapa dura: 979-8-77-778673-9
ISBN tapa blanda: 979-8-77-778928-0

Doy las gracias a todas las personas que han colaborado para que este libro pueda escribirse y publicarse. Sobre todo a mis padres por su confianza, paciencia y apoyo incondicionales.

Índice

Prefacio.....11
Redfield.....15
No te fíes de Jim.....47
Toc-toc-toc.....77
¡Veo luces!.....113
La aldea abandonada.....157
Cuidado con los fantasmas.....197
¡Emite, Jim!.....225
¿Qué son esas cosas?.....247
No salgan de sus casas.....265
Parásitos.....285
Una insoportable noche más.....313
Rosas blancas.....337
Epílogo.....367
Posfacio.....369
Guía de personajes.....373

Prefacio

Soy consciente de que el lector, para leer esta obra necesitará uno de los recursos que más valoro: el tiempo. Como autor, me es posible avanzarle, sin hacer *espóiler*, lo que va a encontrar en este libro, para que pueda decidir mejor si quiere emplear su preciado tiempo en este ejemplar.

La historia se centra en la difícil aventura de un par de reporteros muy osados que se internan en plena Amazonía peruana, en el año 2046. Lo que podría ser una misión capaz de ofrecerles un fuerte empuje en su carrera, en apenas tres días irá tornándose cada vez más oscura. El estrés, las dificultades, el cansancio y el peligro irán en aumento. En plena misión, la historia darán un gran vuelco y la selva se convertirá en un entorno extraño, con inquietantes misterios: el nauseabundo olor... la tormentosa visión de los *aparecidos*... los inefables *monolitos*...

Aunque es el primero de una serie que he titulado *Cosmogermen*, la historia de los protagonistas es autoconclusiva. En el momento de la última revisión de este prefacio, más de la mitad del segundo y tercer libros han sido escritos, así que espero que pueda ser publicado el siguiente en breve. En ellos aparecerán muchas respuestas, pero también nuevos misterios. Aunque me hago una idea de cuántos libros serán, no me atrevería a asegurar el número

exacto que contendrá la serie, por lo que por ahora prefiero reservármelo. Mientras tanto, me encantaría que disfrute leyendo tanto como he disfrutado yo escribiendo esta misteriosa e intrigante aventura.

El Autor

La magia solo es ciencia que no entendemos aún.

Arthur C. Clarke

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[1] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

1 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[2], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

2 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[3] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

3 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[4], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

4 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[5] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

5 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[6], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

6 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[7] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

7 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[8], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

8 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[9] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

9 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[10], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

10 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[11] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

11 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[12], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

12 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[13] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

13 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[14], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

14 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[15] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

15 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[16], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

16 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[17] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

17 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[18], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

18 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[19] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

19 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[20], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

20 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*
—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?
—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*
—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.
—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*
—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.
—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*
—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?
—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*
—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.
—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[21] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

21 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[22], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

22 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.

Llamaron varias veces, pero no respondía nadie, así que entraron.

—¡Oh! ¡Me encanta! ¡Me encanta! ¡Gracias, Rob! ¡No la he visto entera, pero estoy encantada! ¡Muchas gracias, Rob!

La casa por dentro era espectacular. Con un salón amplío, una chimenea que no usarían en junio le daba un estilo rústico que para nada discrepaba con la tecnología de la que disponía. Totalmente domotizada, con minirobots de autolimpieza que les permitirían disfrutar sus pequeñas vacaciones sin preocuparse de nada y sin extraños que entrasen a limpiar. Solo había que decir *casa* y a continuación lo que querían hacer.

—¡Casa, abre todas las ventanas! —exclamó Hellen entusiasmada.

La luz entraba a raudales: butacas de madera barnizadas, amplio sofá, alfombra atérmica, lámparas retráctiles, más tiestos con plantas... Lo que más llamaba la atención era la enorme televisión que cubría casi toda una pared dedicada solo a ella, convirtiendo el salón en un auténtico minicine. Había montones de cosas por ver, sin embargo Rob, como siempre, era muy práctico y propenso a priorizar las cosas.

—Hellen, Hellen… me encanta verte así, pero tenemos que traer las cosas del coche si no quieres que se haga demasiado tarde para la comida.

Por una de las ventanas se veía a Esther. Parecía que había hecho amistades rápidamente. Un par de chicos más jóvenes jugaban con ella y Rufus corría y saltaba alrededor de los tres felizmente. Más lejos había un par de madres hablando, lo cual la dejaba mucho más tranquila.

—De eso nada, machote —le dijo Hellen a Rob, agarrándolo por la cintura.

Sin demora, se sacó las bragas por debajo de su falda vaquera y se las colocó a Rob en la cabeza.

—¿Dónde está nuestro dormitorio? —preguntó Hellen.

—¿Y Esther? Está sola —contestó Rob preocupado.

—No, fíjate. Está fuera con más gente. No se meterá en el agua sin ponerse el bañador y ya sabes que Rufus la cuida como si fuese su cachorro.

Rufus era un perro excepcional. No en vano en muchos sitios se emplean san bernardos para encontrar y salvar personas, sobre todo montañistas perdidos. Rob sabía que Rufus iba a proteger a Esther con todas sus fuerzas si era necesario. Ciertamente se veía que no estaba sola y Hellen parecía imparable, así que si tenían que practicar sexo más valía no oponerse y empezar cuanto antes, no fuese a llegar Esther corriendo porque se hacía pipí.

—Ven, por aquí —dijo Rob a Hellen después de cerrar la puerta para que Esther llamase antes de entrar.

Tomó a Hellen de la mano y subieron la magnífica escalera de caoba que llevaba a las habitaciones de la planta de arriba. Por el camino, dejándose llevar por el morbo del momento y el recuerdo de las situaciones eróticas que vivieron en esa zona hacía siete años, Rob empezó a desabrocharse el pantalón. Hellen se sacaba la blusa y se desabrochaba como podía su sujetador que, incordiósamente, se le había enganchado en su largo y negro cabello. Al deshacerse de él con algo de esfuerzo, dejó al aire los pechos de tamaño medio, pero bien firmes.

Casi tropiezan llegando al final de la escalera, pero se incorporaron rápido. Rob pudo quitarse el pantalón antes de retomar la subida y entrar a habitación. A Hellen no le dio tiempo de ver la habitación cuando él ya la había colocado en la cama boca arriba y le sacaba la falda. Él ya estaba sin camisa, mostrando su gran torso que parecía lampiño al lejos, pero de cerca se veía cubierto de una densa capa de pelo rubio que se confundía con el color de su piel. Rob, ya sin pantalones, se le echaba encima preparado para la actividad amorosa. Hellen y Rob, Rob y Hellen, unidos, en única persona, hacían el amor.

Abajo, en las escaleras, sonaba un móvil. Por la melodía era el de Rob. El sonido era insistente y la casa, detectándolo, indicaba: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Tras menos de un minuto otra vez el sonido del móvil de Rob «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...». Por tercera vez, y antes de pasar otro minuto, el incordioso sonido del móvil y la casa parlante: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

Parecía que el móvil dejaba de sonar y podían centrarse en su actividad amorosa. Sin embargo en tres minutos sonaba el móvil de Hellen, más cercano, que había quedado en un bolsillo de la falda vaquera: «Está recibiendo una llamada. Está recibiendo una llamada...».

—No puede ser. Para, Rob. Nos están llamando a los dos. Tiene que ser algo grave.

—Casa, ¿quien llama? —preguntó Rob.

—El número que llama tiene activo el servicio de privacidad personal y no puedo localizar el nombre de su propietario —respondió la *casa*.

—Vaya, Hellen. Creo que es Jim, mi jefe.

—¡¿Qué?! !No, no puede ser! ¡Estamos de vacaciones! —exclamó Hellen muy disgustada.

—Él lo sabe, me las aprobó él mismo. Si llama e insiste tanto es que tiene que ser algo bastante urgente. Si no fuese urgente me llamaría su secretaria, pero el único del trabajo que sé que tiene activo el servicio de privacidad personal es Jim. Algo gordo tiene que ocurrir. Lo siento mucho, cariño. No digas nada, por favor.

—¡No puedo creerlo! —respondió Hellen tremendamente frustrada.

—Casa, contesta a la llamada —indicó Rob a la casa mientras se separaba de Hellen.

—*¡Rob, esto es una urgencia!* —habló Jim, sin ni tan siquiera saludar—. *No puedo darte detalles, pero créeme que si te llamo personalmente es porque se trata de una urgencia. Sé que estás de vacaciones. Te voy a decir solo lo que puedo decirte y luego, dependiendo de tu decisión, te podré contar el resto.*

—¿Cómo has encontrado el móvil de mi mujer?

—*Centrémonos, por favor. Si luego quieres reprocharme algo o demandarme, adelante. Pero centrémonos primero.*

—Bien, dime —contestó Rob, haciendo uso de toda su paciencia.

—*Me acaba de llegar información importantísima. Puede ser un auténtico filón y no puedo contar con David. Está en el hospital. A su madre le ha dado un ictus o no sé qué. Espera la valoración de los médicos para conocer la gravedad. Está delicada de salud y David cree que es posible que no salga de esta.*

—Lo siento muchísimo. Esperemos que haya suerte. Estoy de vacaciones, Jim —le reprochó Rob seriamente.

—*Déjame que te diga, por favor* —Le pidió Jim—. *Esta noticia no puedo asignársela a cualquier reportero.*

—¿Y no has avisado a Lucy, Gina…?

—*Este no es un trabajo para chicas, Rob* —A Hellen se le pusieron los ojos como platos de indignación. Rob le indicó que no hablase llevándose un dedo a los labios, cosa que la indignó aún más—. *He barajado todas las opciones. David y tú sois mis mejores reporteros. Si no estuvieses de vacaciones os hubiera enviado a los dos a cubrir la noticia desde distintos flancos. Imagínate la importancia que tiene.*

—Ve al grano, Jim, por favor —le dijo Rob seriamente.

—*Ok. Por ahora lo que puedo decirte es que si aceptas te cubro todos los gastos que hayas tenido por tus vacaciones multiplicados por dos. Además, el sueldo de este encargo te lo multiplico también por dos. Y te voy a añadir más cantidad en concepto de plus de peligrosidad.*

—¡¿Peligrosidad?! —preguntó Hellen sin poder callarse, mezcla de indignada por una frase tan machista y asustada por la preocupación por ese plus de peligrosidad.

—¿Hellen, estás ahí? Lo siento, pero supongo que tendréis que decidir qué hacer entre los dos puesto que son vuestras vacaciones. Solo puedo decirte que se trata de un trabajo realmente importante y que no solo económicamente va a favorecerte si lo aceptas, sino que puede suponer un ascenso notable en la carrera de quien saque la noticia. Créeme que no estoy exagerando.

—¿Pero no puedes decirme algo más?

Jim conocía perfectamente la gran competencia que había entre sus reporteros, él mismo tuvo que pasar por ello antes de ser director. Sin embargo también sabía que si no fuese por esta competencia muchos de los objetivos del canal no hubiesen sido alcanzados. Para el canal, hacer del trabajo una especie de competición, resultaba beneficioso, aunque no fuese así para los niveles de estrés de todos los trabajadores en general; sentía tener que recurrir tantas veces a azuzar a sus propios reporteros. Era ambicioso aunque, por fortuna, no rácano, y opinaba que un azote funcionaba mejor acompañado de una apetitosa zanahoria, así que ofrecía buenos incentivos.

—Solo puedo adelantarte las condiciones que te he dicho y que necesito cubrirlo como noticia y como documental.

»Te propongo una cosa. Vente y hablamos en persona, sin compromiso de aceptar el encargo. Pero, por favor, vente solo si piensas que hay alguna posibilidad de que puedas aceptarlo. Si definitivamente tienes claro que no lo vas a aceptar dímelo ya y busco a otro. Si vienes y no lo aceptas te garantizo que estarás allí con tu familia hoy mismo.

»Te doy cinco minutos para pensarlo con Hellen. Por favor, no tardes más. Piénsalo y llámame al canal. Mientras iré revisando con mi secretaria a quien más llamar, así que más vale que no tardes más de esos cinco minutos, te lo pido por favor como jefe,

como compañero y como amigo. Pensadlo y contestadme enseguida —finalizó Jim sin ni tan siquiera despedirse.

—¡Menudo tío machista! ¡No puede llamarnos así como una locomotora descarrilando! ¡Qué egoísta! ¡Ni si quiera te ha dicho *hola*!

—Lo sé, Hellen, lo sé. Pero tenemos solo cinco minutos para pensarlo.

—Bueno... primero vamos a calmarnos y luego a pensarlo. Tomar decisiones en caliente casi siempre lleva a malos resultados —recomendó Hellen.

—Sí. Respiremos un poco. Tengo mucho calor.

—¿Calor? Estás ardiendo y rojo como un tomate. Más vale que te vistas, porque después de esto no creo que sigamos. Estas interrupciones son más que molestas, son criminales.

Rob se encogió de hombros dando la razón a Hellen.

—De todas formas —continuaba Hellen—, no sé si darle una bofetada a David merecerá la pena. Jim ha dicho que te daría el doble de lo que nos hayan costado las vacaciones, el doble de sueldo, y la idea de zafarle un buen reportaje a David me resulta, aunque me remuerda decirlo, tan dulce como una venganza.

—¿Crees entonces que debería decirle que sí?

—Depende, pero al menos creo que sí deberías reunirte con él y que te explique los detalles. Sobre todo eso del plus de peligrosidad. No quiero que te meta en líos. Jim a veces puede ser una persona sin escrúpulos y no sé qué clase de documental quiere hacer.

—Si quiere cubrir una noticia y además quiere hacer un documental tiene que ser algo gordo. Pero aunque me reúna con él no creo que pueda decirte por qué me da ese plus de peligrosidad; si no lo ha dicho ahora no creo que me permita decírtelo luego, y ya sabes que Jim es capaz de hacerte firmar un contrato de confidencialidad incluso para eructar.

—Rob, sabes que confío en ti. Eres una persona magnífica. Si el riesgo es excesivo no lo hagas, y si crees que sí debes hacerlo pensemos que las siguientes vacaciones serán mejores que estas. Además, aunque no estés tú, puedo quedarme aquí con Esther. Ella está muy ilusionada y no tenemos por qué volvernos a casa. Quería pescar contigo en el lago y hacer un montón de cosas, pero es una niña estupenda y creo que lo comprenderá igual que ya ha ocurrido otras veces.

—Bueno... creo que entonces más vale que llame a Jim.

—Ok, Rob. Llámale. Yo meteré las cosas en la casa, y para ahorrar tiempo Esther y yo comeremos en la mesita del porche que está lista para poner los platos encima. Es un detalle que hayan preparado la casa tan bien.

—Me encantas Hellen. Lo sabes, ¿verdad? No podría estar con otra mujer que no fueses tú —finalizó Rob, dándole un beso.

»Móvil, llama al trabajo —la casa desvió la voz de Rob a su móvil y empezó a sonar la llamada.

—*Buenos días, soy...* —la secretaria de Jim fue interrumpida.

—¿Me pasas con Jim, por favor? —interrumpió—. Soy Rob.

—*Un momento, Rob* —le contestó la secretaria.

—*¿Sí, Rob? ¿Te decidiste?* —contestó Jim rápidamente.

—Voy para allá. ¿Cuándo nos reunimos?

—*En una hora.*

—¡¿Una hora?! Ni si quiera hemos comido aún.

—*Envíame tu ubicación. Voy a mandarte un helitaxi. Puedes usar su servicio de catering.*

—De acuerdo —aceptó Rob frustrado y pensando si se arrepentiría.

Por suerte para Rob no había sacado las maletas del auto y lo tenía todo perfectamente organizado. El ajetreo de la llegada, el sexo frustrado, la llamada estresante y la gran velocidad le tenían empapado de sudor y decidió arriesgarse dándose una ducha antes de salir. No había cosa que más le molestara que una reunión de ma-

lolientes, y él no podía permitirse ser uno de ellos, más aún con la cantidad de transpiración que producía su gran cuerpo. La casa estaba tan bien preparada que habían cuidado incluso que el agua estuviese caliente una vez llegados los inquilinos, así que pudo ducharse sin tener que esperar; no soportaba el agua fría.

Al salir ya empezaba a oír el siseo de los motores de un helitaxi, y poco después unos altavoces que decían: «Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi... Helitaxi. Helitaxi...».

A toda velocidad se vistió, fue a buscar a Hellen para despedirse y luego al coche a sacar dos maletas para cargarlas en el helitaxi. Mientras llegaba Esther corriendo a la casa para ir a hacer pipí. A pesar de su edad Esther era vergonzosa, así que su madre tuvo que explicarle lo que ocurría tras la puerta del baño. Pudo notar que su hija le contestaba «bueno», con no poca lástima, lo que hizo que a Hellen le diese un vuelco al corazón.

Cuando salieron de la casa, Rob ya estaba subiendo al helitaxi. Era poco más que una esfera transparente con cuatro hélices con protectores para evitar los daños que pudiesen ocasionar las aspas. En uno de los brazos que sujetaban las hélices tenía escrito un gran número dos.

Si la humanidad había pasado por la edad de piedra y las distintas edades de los metales, esta década era el comienzo de la edad del grafeno. Un material hiper-resistente que permitía crear objetos de dureza superior al acero más fuerte con un grosor microscópico. Se dice que un hilo de tela de araña es más fuerte que un hilo de acero del mismo grosor. Sin embargo el grafeno es unas doscientas veces más fuerte que el acero, y cinco veces más ligero que el aluminio. Este descubrimiento creó un hito sin igual para la aeronáutica. Los helitaxis y diversos objetos voladores, aunando los materiales basados en el grafeno con las modernas inteligencias artificiales y la nanotecnología, otorgaban unas capacidades de movilidad solo imagi-

nables décadas atrás por las mentes de los escritores o los científicos más vanguardistas.

El boom del grafeno surgió cuando se descubrió la forma de alterarlo para evitar su toxicidad, ya que, como ocurrió décadas atrás con el amianto, es un material tan resistente que si se inhalan partículas permanecen en los pulmones de por vida. Sin embargo, con características inusualmente útiles, como ser transparente, flexible, de máxima dureza... las empresas no querían abandonar la búsqueda de alguna forma de volverlo inocuo. Ahora, inofensivo, modificarlo para conseguir alterar sus propiedades como, hacerlo rígido, opaco, etcétera, era pan comido para los científicos. Esto dio comienzo a una era en la que el plástico desapareció casi por completo para dar paso a un aumento progresivo de objetos realizados con este material, constituyendo una era con objetos más resistentes, versátiles y con una gran capacidad para ser plegados y replegados, de modo similar a la papiroflexia, ocupando el mínimo espacio y adquiriendo distintas formas.

Tanto Rob como su familia estaban encantados con las comodidades de su recién adquirido vehículo con carrocería de grafeno, aún cuando el interior todavía conservaba los materiales habituales de esta época.

Desde la burbuja de grafeno que se elevaba acelerando, Rob se despedía de sus dos amores dando besos al aire mientras ellas le saludaban con la mano diciéndole adiós. Su coche era espectacular, pero el helitaxi realmente no estaba nada mal, nada mal en absoluto. Desde él veía a su familia alejándose cada vez a más velocidad, a medida que aceleraba. Todo estaba automatizado; él no tenía que hacer nada mientras tanto, salvo intentar relajarse.

El interior de la burbuja disponía de todo lo necesario para hacer un viaje cómodo. Tenía espacio suficiente incluso para viajar acostado y dormir. El grafeno resultaba tan ligero que las baterías sustentaban casi solamente el peso de los materiales eléctricos, el

del viajero y su equipaje. Además las baterías sólidas, las cargas de hidrógeno y los distintos métodos de creación o almacenamiento de energía eran mucho más eficientes que las antiguas baterías de litio usadas durante la década anterior. El zumbido de las hélices del exterior no se oía lo más mínimo. La burbuja de grafeno tenía tal consistencia que las ondas sonoras no podían atravesarla, por lo que el helitaxi disponía de un completo sistema de sonido que permitía la comunicación con el exterior.

Al no tener conductor, no era necesario volver a llevar los helitaxis a ningún sitio de origen. Estaban organizados de manera que te recogía el más cercano al lugar donde te encontrabas, con esto podías ahorrarte casi la mitad del tiempo del viaje. Además, existía, al igual que por carretera, rutas distintas para vehículos tripulados y sin tripular, permitiendo a los no tripulados circular por rutas más directas y sin limitaciones de velocidad ya que la inteligencia artificial hacía que se comunicasen entre sí para evitar colisiones. Si bien para los vehículos terrestres la distancia más corta era la línea recta, para los aéreos era la parábola y éstos no tenían las dificultades de aquellos al no existir obstáculos en el aire que interrumpiesen su trayectoria, por lo que tanto en la velocidad que podían alcanzar como por su trayectoria parabólica los helitaxis eran rápidos en llegar al destino.

Pero no por ser rápidos eran peligrosos. Con todo tipo de detectores y la inteligencia artificial siempre alerta, a pesar de los viajes rápidos y confortables, eran capaces de adaptarse en microsegundos a las circunstancias cambiantes del entorno: ya fuesen climáticas, como la presencia de un pájaro en trayectoria de choque o la caída de un rayo. Rob y su familia estaban tranquilos ya que, aunque el viaje fuese muy veloz, desde que salió al mercado el primer helitaxi no hubo ningún accidente, siendo considerados por los ingenieros como el medio de transporte más seguro de la historia.

Después de maravillarse unos momentos por las comodidades del helitaxi, Rob se sentía nuevamente un defraudador. Aunque ocurría solo ocasionalmente, este era otro de los problemas del trabajo de reportero: no tienes horarios fijos ni días fijos de descanso. Por fortuna, solo ocurría en casos muy excepcionales, pero bastante molestos; sí, vaya que eran molestos e inoportunos.

—El viaje durará veintidós minutos —dijo el helitaxi con su voz sugerentemente femenina—. Le da tiempo de escuchar música, ver las noticias...

—¿Veintidós minutos? —respondió Rob, sorprendido.

—Sí, confirmado. Son veintidós minutos.

Rob pensaba que la reunión tendría que ser en la ciudad de Nueva York, a menos que Jim hubiese preferido un punto intermedio. Cayó en la cuenta de que con las prisas no había preguntado al Helitaxi cuál era el destino ni tampoco aparecía reflejado en la esfera, como siempre había visto en los helitaxis. «¿Me habré montado en un helitaxi averiado?», pensó dubitativo.

—Helitaxi, ¿cuál es el destino?

—El destino se ha fijado con ocultación de itinerario y no es posible mostrarlo.

—¡¿Esto es un secuestro?!

—¿Quiere que llame a la Policía?

—No, no. ¿Puedes indicarme al menos la ciudad de destino?

—Ciudad de Nueva York.

—¿Vamos a llegar en veintidós minutos? —exclamó sorprendido.

—Sí. Ha contratado el modelo 2.0 de Helitaxi. Si es su primer viaje lo disfrutará.

—Helitaxi, silencio —replicó Rob.

«Solo necesito descansar y un poco de paz —pensaba mientras veía empequeñecerse el paisaje—. Estoy cansado de llamadas y voces».

Sabía que Jim era prudente, pero no estaba acostumbrado a este tipo de precauciones. Desconocía que existiese la posibilidad de ocultar la trayectoria al pasajero, así que no podía fiarse de que la ruta siguiese una trayectoria parabólica perfecta. Era sorprendente que el Helitaxi le llevase desde Redfield hasta ciudad de Nueva York en veintidós minutos. Tal vez volase cerca del suelo para hacer una parábola más lineal, aunque incluso así unas hélices no podrían alcanzar gran velocidad bajo la fricción del aire, y el helitaxi seguía subiendo en su trayectoria curva habitual.

Antes de alcanzar una cuarta parte de la velocidad máxima en la que Rob había viajado en uno de estos vehículos, en el frontal de la burbuja apareció una imagen del helitaxi sobre las cifras *2.0*. «Por esto ese gran número dos en un brazo», pensó Rob. La imagen mostraba la silueta del helitaxi plegándose varias veces seguidas. «No me lo puedo creer», pensó Rob y se asomó a ver las hélices. Observaba atónito como los brazos de las hélices se movían hacia atrás de la cápsula quedando los delanteros aproximadamente a la misma altura de ésta. Luego los brazos que habían quedado atrás empezaron a plegarse y moverse sus partes hasta formar unas pequeñas alas que parecían tener cada una un pequeño propulsor. De pronto tuvo la sensación de encontrarse en un robot viendo como los brazos se plegaban. Las hélices delanteras seguían aumentando la velocidad del vuelo mientras las pequeñas alas traseras empezaban a impulsar con los pequeños propulsores. Luego los brazos de las hélices delanteras se iban aplanando adquiriendo forma de alas mientras las hélices se colocaban en posición aerodinámica y se paraban, quedando el helitaxi solo impulsado por los propulsores de las pequeñas alas traseras. Las hélices delanteras, ya sin función para el vuelo, se iban replegando, adquiriendo un tamaño diminuto y se recogían en el interior de las alas más grandes que se habían formado justo a ambos lados de la cápsula, dando helitaxi otra forma totalmente aerodinámica. Solo sobresalían las dos pequeñas alas traseras con sus propulsores y las alas centrales mayores de las

cuales salían otros propulsores más grandes del lugar por donde entraban las hélices plegadas, quedando todo lo innecesario para este modo de vuelo inteligentemente guardado en el hueco interior de estos *brazos-alas*.

La versión 2.0 era espectacular. Para las rutas cortas, los aterrizajes y los despegues, empleaba el método tradicional con hélices tipo dron, pero en el modo 2.0 se transformaba en un diseño totalmente distinto que, obviamente, estaba preparado para una altísima velocidad. Además, no había perdido ni un ápice de comodidad; todo estaba tan sincronizado y la aceleración era tan suave que si no hubiese visto en pantalla lo que iba a ocurrir no se hubiese dado cuenta del cambio de hélices a propulsores. Por un momento, se olvidó del estrés y los problemas, y disfrutó del viaje a gran velocidad. Más que moverse el helitaxi, parecía que el mundo era el que se movía, como si estuvieses viéndolo en una pantalla de cine tridimensional mientras te comías cómodamente unas palomitas en tu butaca.

El catering parecía apetitoso, pero a Rob se le había pasado el hambre. Veía el fugaz paisaje mientras pensaba en sus dos amores, en el lago y en... «Menudo polvo me has estropeado. Esta me la vas a pagar. Maldito Jim...».

1

Redfield

Estados Unidos, mañana del 20 de junio de 2046

Robert Standford sabía que solo una semana no iba a ser suficiente para unas vacaciones, más si cabe trabajando para uno de los canales informativos de televisión más competitivos de Estados Unidos. El canal daba muy buen sueldo, acorde con los pingües beneficios que obtenía, sin embargo echaba en falta un ambiente de trabajo menos competitivo, más humano: la tensión, en ocasiones, era brutal.

El estrés es parte de la profesión de reportero, eso lo tenía asumido, pero podría ser mejor trabajo si no fuese porque la competencia entre los mismos compañeros era feroz. Había identificado dos bandos: por una parte el de los lameculos del director, Jim Forender; por el otro el de los reporteros psicópatas ávidos de conseguir el notición del mes a costa de arrasar con quien fuera. En ocasiones, pensaba que su trabajo era como un campo de béisbol, con el equipo de los lameculos por un lado y el de los psicópatas por el otro, ambos armados con sus bates. Sin embargo se esfumaba esta idea cuando recordaba al peor de todos sus compañeros, David[23] Tuckson, que parecía nadar como pez en el agua entre uno y otro equipo cada vez que le convenía.

23 Se pronuncia [déivid] (N. del A.).

Rob era una persona de principios firmes y no soportaba a David. Este tipo de personas con multitud de máscaras le resultaba odioso, tan odioso como fingir una sonrisa cuando por dentro te estás carcomiendo. Sin embargo, sabía que un percance entre compañeros podría tener consecuencias graves a ojos de la dirección, así que en el trabajo se comportaba con cierta frialdad. No quería mostrar su enemistad hacia David, luego tampoco mostraba otro tipo de emociones de forma efusiva, para disimular. Su prioridad era la prudencia: «en el trabajo hablo poco, expreso poco», se decía a sí mismo cada vez que veía a David. Esta falta de comunicación exasperaba a Jim, el director. Rob sabía que David era el ojito derecho del director, su labia y sus distintas caras le hacían un reportero flexible capaz de adaptarse a casi cualquier tipo de circunstancia, algo que Jim necesitaba si quería que su canal siguiera siendo competitivo como el resto de canales. La tarea de director de un gran canal de TV no es algo que se consiga por mera suerte o enchufe. Es necesaria una persona con mucha capacidad de observación y con casi capacidades de precognición para poder tomar decisiones correctas y eficaces en número muy superior a las erróneas. Los errores se pagaban muy caros y enseguida se reflejaban en las estadísticas.

Jim sabía que David era su reportero de oro, sin embargo tenía un defecto fundamental: le faltaba temple. No sabía cómo podría reaccionar en determinadas situaciones. A veces incluso le preocupaba que pudiese pegarle un puñetazo a un entrevistado. Sin embargo Rob era una persona totalmente distinta, con mucho temple y un gran sentido de la ética. Esto lo conocía bien el director y, aunque era muy precavido a la hora de manifestar sus pensamientos, Jim creía que Rob podría ser en el futuro un buen candidato para el cargo de subdirector: eso sí, si se lo curraba. «Si fueses más hablador y perdieses peso podrías avanzar más rápido en tu carrera», le había dicho Jim una vez. Rob sabía que era cierto que tener buena labia es algo fundamental para trabajar de reportero, eso realmen-

te se podía cambiar, «si había algo interesante que contar», según él. Sin embargo en cuanto al peso poco podía hacer.

Realmente no estaba gordo, era bastante robusto, de cuerpo excesivamente grande lo que dificultaba en ocasiones encuadrarlo, sobre todo cuando tenía al entrevistado de pie y a su lado. Y no era feo en absoluto, tenía un aspecto sumamente atractivo, su barba y pelo corto rubios, sus expresivos ojos color miel, sus facciones marcadamente masculinas y su semblante de aspecto amable, le hacían un atractivo y entrañable grandullón típicamente americano. Sin embargo esto no le libró de sentirse avergonzado y culpable en algunos momentos de su vida.

Una mañana, cuando adolescentes, durante un paseo matinal por el campo en su grupo *boyscout*, uno de ellos gritó: «¡Búfalo! ¡Búfalo! ¡Un búfalo! ¡Corred! ¡Rápido! ¡Búfalo!», y todos salieron despavoridos. Rob hacía tiempo que era bastante corpulento. No tenía problemas con el ejercicio físico en general, pero mover una mole de esas dimensiones suponía que las contusiones y raspaduras por las caídas resultaran muy dolorosas y sangrantes. Así que desde pequeño desarrolló miedo a correr y no estaba acostumbrado a los esprints. Tras la carrera pararon a reírse de la broma y vieron que Rob llegaba el último jadeando y se sentaba en una roca. «¡Mirad! ¡Rob está echando humo! ¡En serio! Jajaja», dijo el bromista. Rob emanaba gran cantidad de vapor debido al contraste del frescor de la mañana y el calor que generaba su en aquel entonces ya desmesurado cuerpo. No solo había sido el último, sino que todos empezaron a reírse de él. Se percibió a sí mismo como desnudo, solo, el centro de las burlas y sin poder esconderse.

En momentos como estos su timidez hacía que soliese venirse abajo, se sentía avergonzado con facilidad. Esto le hacía recordar a su *pequeño-gran* compañero de clase, Jimmy, un chico muy listo y menudo que, con tan solo siete años de edad no se acobardaba ante

nadie y hablaba mucho mostrando una excepcional locuacidad, lo que llevó ser apodado en clase como El Grillo.

Desde el momento de conocerse sintieron una amistad especial, casi inmediata. Tal vez porque ambos eran hijos únicos y echaban en falta la presencia de hermanos. Siempre se sentaban juntos en clase y en el recreo solían jugar a ser inventores, exploradores…, pero sobre todo jugaban a ser periodistas usando palos toscos a modo de micrófono. El primero de ellos, pulido contra el suelo, lo habían pintado con rotuladores, témperas, ceras y demás materiales, lo que provocó que pronto se llevaran varias reprimendas por manchar sus tareas con las manos ennegrecidas. El segundo, solo pulido y sin pintar, ya no era causa de reprimendas así que les duró mucho más.

A comienzos de diciembre del año 2019, debido a que Rob faltó a la escuela por haber contraído sarampión, no había vuelto a ver a su amigo. Al regresar a clase su amigo no estaba, según los chismes de los niños, debido a una pelea que le había llevado al hospital, porque no tuvo nadie que le defendiera y los abusones se aprovecharon. Tras dos meses sin su presencia hasta un niño de ocho años podía entender, sin que nadie se lo explicase, que tanto tiempo en un hospital significaría algo grave. Tenía que esforzarse mucho para, a pesar de su edad, convencerse a sí mismo de que él no tenía la culpa de aquella paliza, él estaba en casa, con sarampión. Sin embargo la preocupación y la sensación de culpabilidad le resultaban inevitables. «Si hubiese estado con él no le habrían dado esa paliza», pensaba con frecuencia.

La profesora, para evitar que se sintiese solo, había cambiado a uno de sus compañeros de clase para que se sentase junto al pupitre de Rob. Sin embargo para Rob esto era una especie de intromisión, aunque en su pequeña mente no supiese como definirlo. El Grillo, su pequeño-gran amigo, tenía un lugar muy importante para él. Rob era la fuerza y El Grillo era la inteligencia y la voz de un gran un equipo, ahora roto.

Los demás niños no podían entenderlo. Mientras otros lloraban porque se había perdido su mascota Rob tenía que convivir con las angustiosas sensaciones de preocupación y culpa, pero por un amigo, no por un hámster, una tortuga o incluso algún perro. No tenía edad para expresarse bien, al menos no tan bien como hacía El Grillo, sin embargo sí tenía edad para sentir y, estos sentimientos, indescriptibles para él, no eran menos dolorosos por no poder ponerles nombre. Era su amigo, su compañero, y no sabía nada de él, salvo lo que le decían los niños en el colegio, que se aprovechaban de su ausencia de para ensañarse con Rob.

—El Grillo es ahora un grillo aplastado —decía uno aprovechando que Rob estaba solo.

—¿Quieres pasta de grillos? —le enseñaba otro una cajita con grillos dentro.

—No tenías sarampión, tenías miedo y aplastaron a El Grillo porque te fuiste.

—A El Grillo lo aplastaste con tu culo gordo.

—¡Dejadme en paz! —se quejaba Rob.

«¿Por qué en las películas aparecen tantos mayores y tan pocos niños? ¿Por qué nadie da explicaciones a los niños? ¿Por qué los niños deben callarse cuando hay mayores hablando? ¿Por qué los niños no pueden votar? ¿Por qué los mayores deciden lo que hacen y los niños no pueden decidirlo sin su permiso...?». Rob se sentía discriminado, tanto por sus compañeros de colegio que ahora se aprovechaban de él como por los profesores. «Los niños deberían de ser más respetados», pensaba con tan solo ocho años, quejándose, fruto de su preocupación y su malestar que parecía que todo el mundo ignoraba.

Las semanas pasaban y seguía sin saber nada de él, salvo las continuas culpabilizaciones de los demás, que no sabía si serían fundadas o no. Pero el seis de febrero de 2020, algo cambió.

—*¿Señora Margaret Standford?* —preguntaba al otro lado del teléfono una mujer con voz preocupada.

—¿Sí? —contestó la madre de Rob.

—*Soy Olivia Brown, la profesora de su hijo Robert.*

—¿Qué ocurre? ¿está mal?

—*No, él no señora Standford* —la profesora quedó unos momentos con un nudo en la garganta—. *Pero... Bueno... A ver...*

—Por favor, vaya al grano. Me está preocupando mucho. ¿Está o no está bien?

—*Sí, está bien. Pero... su compañero de clase no va a venir más a este colegio.*

—¿Le cambian de colegio? ¿Por seguridad?

—Señora *Standford, están acosando a su hijo en el recreo y hoy podría empeorar la cosa por algo que no debo decir por teléfono. Debería venir a llevárselo, antes de la hora del recreo ¿Podría?*

—Creo que sí, voy para allá.

—*Le llevaré a la sala de profesores a que haga unas tareas.*

—Muchas gracias señora Brown. Enseguida voy para allá.

Margue no tenía coche propio y en 2020 aún no existían los helitaxis, así que llamó a un taxi convencional y se vistió rápidamente para salir. Por el camino aprovechó para escribir mediante la aplicación Telegram a Bob[24], su marido. Un hombre robusto con ligera alopecia que, a pesar de no haber aumentado con los años, solía cubrir con una gorra para acostumbrar a la gente a que le viesen con ella, por si en el futuro la densidad de su pelo disminuía. Su afición a la cerveza y al buen comer le habían otorgado un barrigón que solía sobresalir por debajo de sus camisetas mostrando una buena cantidad de vello rubio, del cual había sido heredero su hijo. Para diferenciar a ambos, a Robert senior le llamaban Bob y a Robert junior le llamaban Rob.

—La profesora dice que están acosando a Rob —escribía Marge —. Voy a traerlo en taxi.

—*¿Está bien*? —contestó Bob.

24 *Bob* y *Rob* son ambos diminutivos del nombre propio *Robert* (N. del A.).

—Me dicen que sí, pero la profesora tiene que decirme algo más, en persona. Estoy preocupada.

—*Cuando hables con ella avísame. Puedo intentar salir antes.*

—De acuerdo. Te quiero.

—*Yo también te quiero.*

Margue llegó en mitad de la hora del recreo y se dirigió de inmediato a la sala de profesores. Allí se encontraba su hijo Rob, haciendo unas tareas, acompañado de su profesora y el jefe de estudios. La profesora le indicó con un gesto que no hablasen ahí, delante de Rob, y se marcharon a la biblioteca. Rob no podía saber de qué hablaban, sin embargo cuando regresó su madre estaba más seria que antes.

—Si quiere pueden irse ya. No esperaría mucho aquí —indicó el jefe de estudios que estaba al tanto de todo—. Tiene una semana justificada. Probablemente necesiten más; tan solo tiene que llamarme.

—¿Qué pasa mamá?

—Un imprevisto, no te preocupes —contestó escuetamente Marge—. Vamos a casa.

—¿Le ha pasado algo a papá?

El jefe de estudios, levantando la palma de la mano varias veces, invitó a Marge a marcharse pronto, antes de que Rob empezase a hacer más preguntas. Marge se despidió agachando un poco la cabeza todo lo cortésmente que pudo. Fuera de la sala de profesores se oía el alboroto de los niños en el recreo.

Al salir un taxi les esperaba y nada más entrar Marge se puso a escribir en el móvil. La situación era extraña para Rob: no le habían dejado ir al recreo, parecía que le habían castigado, pero nadie le culpaba de nada. Rob intentaba adivinar qué ocurría.

—Mamá, ¿vamos al hospital?

—No, vamos a casa.

—¿Por qué?

—Nos tomamos el día libre.

—¿Pero por qué?

—Haces muchas preguntas, Rob. ¿No te gustaría echar el día en casa jugando a la consola? Si quieres vamos al colegio y te dejo allí otra vez, pero ya te pierdes el recreo.

—No... Mejor en casa... —respondió Rob dubitativo y preocupado.

Al entrar en casa se puso a observar para ver si encontraba algo fuera de lo habitual, pero todo estaba como de costumbre. Marge le encendió la consola en el salón y le acercó un montón de sus juegos, algo que no era habitual en ella. Definitivamente algo ocurría y la preocupación le quitaba las ganas de jugar.

—¿Mamá?

—Ponte a jugar con la consola, Rob.

—¡Pero mamá!

—Aprovecha el día.

—Mamá, ¿qué pasa? ¿Por qué no me contestas?

—¿Si no juegas a la consola puedo poner música?

Rob encendió la consola, pero no sabía qué juego cargar; estaba demasiado preocupado. Su madre estaba en la cocina, escribiendo con el móvil, callada y seria. Bob había salido antes y estaba de camino.

Al poco tiempo llamaron a la puerta y Rob fue corriendo a abrir para ver si era su padre y, sobre todo, si se encontraba bien. Efectivamente era su padre y parecía estar bien, lo que lo hacía todo más extraño. Los tres reunidos, en horario de colegio y trabajo... ¿Por qué?

Entonces la cara de Rob se enrojeció y se dirigió al salón de nuevo. Sin decir nada, tomó el mando de la consola, pero se quedó ahí, inmóvil, de cara a la televisión y dando la espalda a sus padres, con los ojos húmedos y enrojecidos. Sin darse la vuelta, tajante, hizo una pregunta directa a sus padres.

—¿El Grillo está muerto? ¿Sí o no?

Marge y Bob se miraron fijamente sin saber responder. Su hijo insistía contundente.

—¿Sí o no? —repetía llorando.

Nunca es un buen momento para anunciar una defunción y, mentir a su hijo para luego desmentirse, tan solo traería mayores disgustos y necesidades de reparar daños. A veces, el silencio es más significativo que las palabras, así que Bob hizo un sutil gesto con un dedo tapándose los labios, indicando a Marge que no contestara.

Rob, frente al televisor, aunque de espaldas a sus padres, temblaba conmocionado entendiendo el significado de ese angustioso silencio. Desde ese momento su personalidad iba a cambiar, había comprendido lo cierto que es cuando los mayores decían que las emociones pueden doler más que las heridas, y tanto que duelen. Le recomendaron ansiolíticos y psicoterapia, pero sus padres no querían drogarlo siendo tan pequeño y prefirieron ayudarle ellos mismos. Si bien ambos querían incondicionalmente a su hijo, Marge se caracterizaba principalmente por su gran amor y Bob por su gran sabiduría, ambas las dos caras de la misma moneda; a Rob nunca le faltaron el amor ni los buenos consejos.

Pero lo que sus padres no sabían era que, bajo el gran dolor de la pérdida, se ocultaba un terrible monstruo que le acompañaría toda la vida, día tras día, noche tras noche. A veces los monstruos pueden ser los mejores maestros y con el tiempo Rob se volvió meticuloso, planificador, muy cuidadoso con sus palabras y sus acciones. Y, sobre todo, aprendió a usar la espada y el escudo contra el terrible monstruo. La moralidad era la espada de doble filo, el filo del conocimiento de lo justo y el filo del conocimiento de lo injusto. Le indicaba los actos beneficiosos y le libraba de cometer actos que hiciesen daño a los demás, que luego el monstruo transformaría en dolor también para él mismo. La racionalidad, el escudo, era lo único que podía proteger a su corazón, a su emocionalidad, su faceta

débil, que el monstruo no dudaba en atacar cada vez que tenía la oportunidad. El terrible monstruo, se llamaba... *Culpa*.

Si El Grillo hubiese estado allí con él, de acampada, seguro que le hubiese defendido y habría mandado a callar a todos ridiculizándolos con su grandilocuencia. Y ahí estaría Rob, para defenderlo. Sin embargo, sin El Grillo, los ataques se habían vuelto más hirientes porque eran un recuerdo continuo de su ausencia y de aquella paliza que lo mató.

Afortunadamente, con el tiempo no creció mucho más y se cansaron de ridiculizarlo por su tamaño. Años más adelante, probablemente, si no hubiese sido por la influencia de su pequeño-gran compañero, la carrera de periodismo se le hubiese podido pasar desapercibida entre la gran cantidad de opciones disponibles, habiendo elegido alguna otra profesión más aburrida.

Rob iba dirigiendo la conducción con su esposa, Hellen, sentada al lado. Para no ver la cara de preocupación de Rob, mantenía sus párpados cerrados, ocultando sus bellísimos ojos color celeste intenso a la vez que un largo mechón de pelo negro cubría parte de su tersa y clara tez. El sueldo de su marido había permitido comprar uno de los nuevos modelos de auto con carrocería de grafeno y todo estaba automatizado. El interior era como una pequeña salita de estar donde cabían seis personas en círculo cómodamente. En el centro había una mesita circular, bajo la cual se encontraban reposapiés para cada uno de los ocupantes. A continuación de Hellen estaba Esther, la hija de ambos. Había heredado el color de pelo paterno y de ojos materno, pero mostraba unas pecas que no tenía ninguno de sus padres. Siguiendo a Esther estaba Rufus, el tranquilo san bernardo de la familia, ocupando dos asientos él solo. En algún momento ampliarían la familia y Rufus tendría que acostumbrarse a viajar no tan cómodo. Pero, por ahora, habían decidido no tener más niños. Rob tenía un trabajo sumamente intrépido y no quería que Hellen cargase sola con la responsabilidad de varios ni-

ños cuando él, por trabajo, tuviese que estar varios días seguidos fuera de viaje, lo que ocurría con demasiada frecuencia.

A Rob y Hellen les entusiasmaba volver a las casitas del lago en Redfield. Esther no las conocía, pero el entusiasmo de sus padres era contagioso, menos cuando su padre volvía a sus pensamientos y quedaba ausente. La vuelta a las casitas coincidía muy cerca del séptimo aniversario del matrimonio y eso les ilusionaba aún más. Pero Rob, en cuanto dejaban de hablarle, volvía a los pensamientos relacionados con los boyscout, la universidad, el trabajo, en Jim y sobre todo en David, el fastidioso David Tuckson. Le intrigaba qué circunstancias podía vivir alguien en su infancia para convertirse en un ser tan odioso.

Desde su construcción, Brandon Tuckson había perdido el gusto por pisar tierra firme. Sin embargo había escasas ocasiones en las que no era posible trasladar los negocios a tales alturas y esta, lamentablemente, había sido una de ellas. A través de la ventanilla de su lujoso helicóptero, acompañado de tres fornidos guardaespaldas, observaba a través del cielo despejado cómo se acercaba a la cúspide de su enorme *Tuckson Tower*. Se trataba de un gigantesco y lujoso edificio, terminado en tiempo récord en dos mil veintisiete, el año que cumplió sus setenta y siete años de edad. Ya no era el más alto de Nueva York, pero se sentía satisfecho de haber tenido el poder suficiente para crear el primer edificio del mundo que superaba el kilómetro de altura, llegando a un total de mil once metros.

Desde el aire parecía un colosal obelisco digno de los dioses. Abajo, se apreciaba el gris de su mármol y las ventanas con espejos que parecían a la luz diamantes engarzados. A media que se recorría hacia arriba, el mármol gris iba siendo surcado de franjas de mármol negro que se ensanchaban con la altura. Los ventanales de espejos iban siendo sustituidos elegantemente por otros de espejos dorados que ensalzaban su aspecto de joya preciosa. Betas del color del oro ascendían por el mármol negro rodeando los ventanales do-

rados y creando elegantes siluetas que, a la luz del sol del atardecer, provocaban unos espectaculares brillos anaranjados, recordando a los destellos sobre algún sinuoso río. Más arriba, el lujo se volvía aún más obscenamente ostentoso, con terrazas y ventanales cada vez más amplios en los que el negro y el oro tenían el protagonismo. La cúspide era una brillante cúpula totalmente dorada, culminada con una gigantesca escultura también dorada en forma de ángel alado que, mirando al cielo, señalaba hacia arriba con su dedo como si su afán fuese tocar el dedo de Dios. Sus diseñadores sabían que iba a ser uno de los edificios más lujosos y caros del mundo, y probablemente su mayor encargo, así que se habían esmerado en conseguir que fuese también sin ninguna duda uno de los más bellos, cobrando a cambio un sueldo millonario.

Nadie sabía si todo eso era oro realmente; Tuckson se cuidaba bien de mantenerlo en secreto. Sin embargo, los que le conocían sabían perfectamente que jamás se conformaba con sucedáneos. Su ambición no conocía límites y le hubiese gustado llegar a una milla de altura, pero la tecnología de la época no permitió una estructura de tales dimensiones, así que se tenía que conformar con el hito que suponía en el sistema métrico internacional. Ser multimillonario no implica estar siempre satisfecho. Lejos de ello, cualquier insatisfacción, por pequeña que fuese, le resultaba molesta como una piedra en un zapato. Le habían sugerido cientos de posibles nombres para este colosal edificio, sin embargo para Tuckson su peor piedra era algo que sabía que jamás podría tener: la inmortalidad. Al menos, gracias a la espectacular torre, había asegurado que su nombre no sería olvidado a lo largo de la historia.

Los aterrizajes en el imponente edificio siempre eran rápidos, ya que en el aire era más vulnerable ante cualquier posible atentado. Al acercarse al amplio helipuerto podía ver a sus guardas armados, colocándose en posición mientras uno de ellos, más al centro, daba señales indicando que era seguro aterrizar. Tuckson sabía que las relaciones son esenciales a la hora de hacer negocios y sus

buenas amistades políticas, además del claro peligro que suponía ser tan rico, habían colaborado a que le facilitasen disponer de los permisos especiales necesarios para que sus guardas tuviesen un equipamiento totalmente militar. Casi en volandas, y con los tres guardas mirando al cielo tratando de atisbar cualquier cosa inusual, sacaron rápidamente a Tuckson del helicóptero para meterlo en su inmensa mansión acristalada de mármol negro y oro.

La siguiente reunión debería de comenzar en una hora y media aproximadamente, justo después del atardecer. Sin embargo Tuckson se tomaba su tiempo. Sabía que, de todos los reunidos, él era el más rico, y le gustaba hacerse esperar. Además, siendo el anfitrión, lo bueno no empezaría sin él y la asociación entre el comienzo del ostentoso banquete y su presencia no podría perjudicarle. Así que, en el impresionante salón plagado de oro, candelabros de platino y diamantes, obras de arte y todo tipo de lujos, se echó sobre el carísimo sofá de piel de leona, con color a juego con las betas doradas del espectacular mármol portoro que cubría la mayoría de las superficies. Sin más, encendió el enorme televisor y se puso a ver una película tras la cual, dos horas después, se tomó una larga ducha y se dirigió al lugar de la reunión... en albornoz.

Rob no quería dejarse llevar por la presión. Pertenecer a alguno de los dos grupos le parecía chabacano, pero las presiones continuas le hacían temer que, a pesar de su carácter tranquilo y apacible, tarde o temprano tendría que caer en alguno de los dos bandos. ¿Sería el de los lameculos o el de los psicópatas? Su docilidad le decía que probablemente su equipo sería el de los lameculos. Quería seguir ascendiendo como reportero, pero quería hacerlo bien, sin competencias feroces, y pretender hacerlo sin pasar por ninguno de los dos equipos le ocasionaba quebraderos de cabeza.

Ser presentador de un informativo es un objetivo notable dentro de la profesión de periodista. Sin embargo, se consideraba a sí mismo con la presencia, la seriedad y la credibilidad necesarias

para llevar un puesto de tales características. Presentando podría estar mucho más tranquilo. Un canal de televisión no puede mostrar al público a un presentador estresado; le tendrían que cuidar muy bien, así que se encargaría de recopilar la información que los demás fuesen entregándole, lo que le evitaría enfrentarse a la competencia entre reporteros que tanto le repugnaba. A Hellen le encantaba la idea de que Rob fuese presentador. Por una parte porque el estrés de Rob también le afectaba a ella. Por otra... ¿por qué no?, presumir de marido delante de sus compañeras más envidiosas le encantaba.

—Mamá, mamá ¿queda mucho?

—No Esther. Fíjate en el paisaje, es precioso —dijo Hellen a su hija de seis añitos.

—Solo hay árboles.

—Pues ponte dibujitos. O busca alguna canción y la cantamos juntas.

—Ya no sé que dibujos ver y no tengo ganas de cantar. Quiero llegar ya. ¡Uf! —se quejaba la pequeña Esther llevándose las manos a la cabeza teatralmente.

—Rob, ¿por qué no le dices tú nada? Estás siempre ensimismado. ¿Ya estás pensando otra vez en el gi... —estuvo a punto de lanzar un taco, pero se reprimió estando su hija delante—, en David? A veces pienso que te casaste con él y no conmigo. Trata de olvidarlo, por favor. Tenemos que aprovechar y disfrutar. Será solo una semana y además... la casita a la que vamos... la tenemos que estrenar ¿eh? ¿eh? —le preguntaba tocándole la pierna.

—Esther, ¿por qué no llamas a la abuela Marge y le pides que te enseñe los gatos? —sugirió Rob.

—No me gusta. Tiene dientes de mentira. Me dan asco.

La abuela Marge, aún con su edad, seguía conservando el buen tipo, a excepción de los pechos. Con la operación de cáncer de mama había perdido uno. En cuanto salió del hospital, lo primero

que hizo en casa fue encerrarse a solas en el baño para verse desnuda ante el espejo. Observarse demacrada, calva, con un pecho de menos y una fea cicatriz, le producía un gran complejo. Para igualar ambos lados, se vendó su único pecho para comprimirlo y en la cicatriz colocó un suave pañuelo de forma que, al ponerse el sujetador, parecía que tenía dos pechos pequeños e iguales. Este complejo la acompañaría para siempre, hasta el punto de ser incapaz de quitarse el sujetador incluso delante de su marido. Tras el cáncer, tuvo tanto miedo a los médicos y a los hospitales que, la idea de repararse el pecho con más cirugía le parecía impensable, al igual que le implantasen los dientes que con el tiempo iba necesitando. En una de las últimas videoconferencias, Esther había pillado a su abuela sacando la dentadura de un vaso y colocándosela. La abuela se sintió ansiosa en la imprevista situación y no se colocó bien los dientes quedando con una grotesca mueca que resolvió mordiendo fuerte para colocarse bien la dentadura. Con la nerviosa mordedura solo consiguió un más grotesco «¡Ay!» por el dolor de encías. Era la primera vez que Esther comprobaba que su abuela, como creía entender en sus infantiles pensamientos, *era un poco de mentira* y quedó impresionada. «Qué claritos son a veces los niños —pensaba Rob—, si ellos trabajasen de reporteros sacarían los colores a más de uno que yo me sé...».

—Esther, ¿sabes que aquí hay animales nuevos que no has visto cerca de casa? —le dijo a su hija.

—¡¿Sí?! ¡¿Cuáles?! ¡¿Quiero verlos?! —exclamó la pequeña entusiasmada.

—Para verlos tenemos que entrenarnos. Tenemos que aprender a estar quietos, en silencio, observando... con sigilo... —le decía con voz de misterio—. Porque si haces ruidos se asustarán y se esconderán. ¿Jugamos a que nos entrenamos para una exploración por el lago?

—¡Síííí! —afirmó gritando—. Oh, síííí... —susurró.

—Televisión —dijo Rob—, haz una lista de los animales que viven en esta zona, excluye insectos, ordénalos empezando desde el más fácil de ver y muéstranos un vídeo del primero.

»¿Cuál es este, Esther? —susurró.

—Que fácil papá, es un gato.

—Televisión, muestra el siguiente.

—Un perro.

—Seguro que el siguiente es un poco más difícil.

»Televisión, muestra el siguiente.

—¡Es una ardilla!

A Hellen le encantaba Rob. No solo le parecía sumamente atractivo, sino que era capaz de encontrar soluciones que a ella no se le ocurrirían y le mostraba una madurez inusual con tan solo treinta y cuatro años, algo que le daba mucha seguridad. Por tan solo ponerle un defecto, era tal vez excesivamente racionalista. Hellen, sin embargo, era más emocional, pero sobre todo la caracterizaban su intuición, su mentalidad abierta y su gran capacidad para aprender, comprender y captar de un vistazo todo lo que se le presentaba. Era como un pájaro libre que, desde el cielo, puede captar una visión global y amplia, mayor de lo que pueden captar los animalillos que recorren el suelo.

Recordaba con alegría su primera visita a las casas del lago, con Rob, en aquel entonces ambos con veintisiete años, unos jovenzuelos locos. Allí, un maravilloso nueve de junio, concibieron a Esther. La semana de vacaciones no coincidía completamente con aquella semana, pero para ellos era casi como si coincidiese. Los recuerdos eran gozosos: el aire limpio ambientado con el sonido de los grillos, los baños en el lago, despertarse desnudos juntos... Era una maravilla y estaba muy ilusionada. Solo le nublaba su alegría saber que Rob estaba pensando en el trabajo y, sobre todo en, como ella lo llamaba, su *novio* David. A veces se imaginaba a David atragantándose con su propia lengua en una emisión en pleno directo.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Mamá! —exclamaba Esther alterada.

—¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¡¿Qué pasa?! —respondió Hellen asustada.

—¡Rufus se ha peído! ¡Apesta!

—¡Por Dios, sí, qué peste! ¡Rob, abre rápido las ventanillas, por favor!

—¡Rufus! ¿Te has comido un gato podrido? —preguntó Rob al san bernardo que, con las orejas gachas, movía la cola esparciendo más el penetrante olor.

Rob, Hellen, Esther y... el acobardado Rufus que no entendía lo que había hecho mal, se dirigían por la carretera a través del bosque dirección a las casitas del lago. Por desgracia para ellos, Esther había dormido poco debido a la ilusión del viaje y eso había hecho que se quedara dormida en el auto. Así que Rufus tenía vía libre, o... escape libre, para deshacerse de todos sus gaseosos bombardeos por el camino sin que Rob ni Hellen pudiesen reprenderle para no despertar a la pequeña Esther. El silencio del interior del vehículo solo se interrumpía cuando las necesidades de aire limpio hacían necesario bajar las ventanillas cada vez que Rufus soltaba su fétida carga.

—Mamá, mamá —empezó a hablar Esther medio dormida—. Me hago pipí.

—¿Otra vez? !Pero si paramos hace nada! Nos queda muy poquito para llegar. ¿No puedes esperarte un poquito?

—Es que me hago pipí ahora.

—Auto, ¿cuánto tiempo queda para llegar a nuestro destino?

—Quedan doce minutos.

—Solo quedan unos diez minutitos Esther ¿Puedes esperar diez minutitos? —preguntó Hellen a Esther.

—Son doce.

—Si paramos y buscamos algún sitio con baño podemos tardar veinte o más minutos, cariño. ¿No puedes esperar un poquito?

—Bueno —respondió Esther justo antes de volver a quedarse dormida.

—Por fin estamos llegando. Tres horas de viaje es duro para una niña tan pequeña —comentó en voz baja Hellen a Rob.

Tras empezar a salir de la zona boscosa y llegar a un claro, empezaba a verse el borde del lago. Cristalino, reflejaba las casitas rojas más cercanas a la orilla, dando la sensación de que estaban justo sobre un espejo. Empezaban a ver algunos detalles: el embarcadero... algunos botes... algunas personas andaban por la orilla... pero no veían a nadie bañándose. A pesar de ser ya las once de la mañana no hacía calor para ser junio y el agua probablemente estaría algo fría.

—Esther, despierta. Esther... —le tocaba el hombro Rob a su hija.

—¿Ya? —despertó casi de un salto—. ¿Ya, papá?

—Mira afuera. ¿Te quedas en el auto o sales a ver la casa?

—¡Salgo! ¡Salgo! ¡Pero quiero ver antes el lago! ¡Vamos Rufus, corre!

Esther salió disparada del auto, pero no tanto como disparada salió la mano de Rob para pararla y hablarle con su voz grave.

—Esther, escúchame seriamente. Sabes contar, ¿verdad?

—Sí

—Bien. Y, ¿sabes cuánto mides?

—Un poco.

—Pues mira: el lago puede ser peligroso, la orilla es muy grande y hay zonas donde el agua puede ser más profunda de lo que tú mides, ¿me entiendes?

—Sí, papá.

—Vamos a hacer una cosa. No puedes meterte en el agua. Y tienes que estar separada de la orilla la misma distancia que tendrían cinco *Esthers* juntas a lo largo una detrás de otra. ¿Me entiendes? No te acerques más a la orilla, recuérdalo bien: No te acerques a menos de cinco Esthers. ¿Me entendiste? —Rob tenía facilidad para hacerse entender por los niños.

—Si, papá.

—Y otra cosa: no te alejes nunca de Rufus.

—Lo sé, papá. Rufus no me va a dejar sola. Adiooos —finalizó Esther disparada.

—¡Esther! ¡Esther! ¡No vas antes al baño a hacer pipí! —le gritó la madre.

—¡Luego, mamá! ¡Luego!

Esther sabía nadar, pero sus padres no querían arriesgarse a que se metiese sola en el lago mientras ellos acarreaban las maletas. Además, tenían que preparar las cosas para comer lo más cercano que fuese posible a la hora de costumbre. Por suerte, Esther no era una niña problemática y, por lo general, siempre hacía caso a sus padres.

Lo primero que hicieron Rob y Hellen fue acercarse a la entrada. Se trataba de una casa de madera pintada de rojo con cornisas y algunos otros detalles en blanco. No era un rojo molesto, se parecía al rojo otoñal de las hojas de arce recién caídas. No recordaban bien donde se encontraba la casa de aquella vez, pero esta sin duda era más grande. Unas escaleras, amplias y recién pintadas de blanco, ascendían hasta un porche aún más amplío donde había un par de butacas y una mesa. El porche estaba muy limpio a pesar de ser una zona que siempre está al aire libre. Habían colocado tiestos con plantas que realmente quedaban muy bien, y unas campanillas vibraban con la fresca brisa provocando un tintineo que resultaba encantador. La barandilla del porche estaba casi totalmente cubierta de una espesa capa de hiedra, verde por fuera, pero que habían recortado en el interior del porche haciendo que no ocupase ningún espacio. Se veía que la casa estaba muy bien cuidada. De algo tendría que servir el buen sueldo que tenía Rob y como ambos pensaban: «no sabemos cuánto viviremos, así que aprovechemos lo que nos quede». Todo apuntaba a que el dinero empleado iba a merecer mucho la pena.

—Estoy deseando entrar —dijo Hellen ilusionada e impaciente.

—Llama antes, no vaya a ser que haya aún algún encargado.